

MISA CRISMAL 2014

EN LA IGLESIA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

Hoy, el pueblo fiel y sus sacerdotes venimos a escuchar nuevamente la palabra profética de Isaías que se revela plenamente en el Evangelio de Lucas: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción» (Lc 4,18). La unción en Isaías significaba la capacidad para desempeñar una función profética. En Jesús, revela su condición divina de Mesías y su misión salvadora. Él no es una palabra profética: es la misma Palabra de Dios, y el supremo martirio en la Cruz lo convierte en el «Testigo fiel» del amor del Padre por todos los hombres. En aquella humilde sinagoga de Nazaret, Jesús hace su primera predicación y se presenta como el Ungido del Señor; serán los «pequeños» los que recibirán este anuncio mesiánico y viendo los signos, creerán en Él.

En esta liturgia, todos –sacerdotes y fieles–, reconocemos la voz del Maestro que nos invita a hacer memoria de la vocación sacerdotal de la Iglesia. El mismo profeta Isaías dice: «Ustedes también serán llamados Sacerdotes del Señor», dando a entender a los lectores, que están invitados a participar de la función sacerdotal. El Santo Pueblo de Dios participa de esta Misa Crismal ejerciendo el derecho de hijos, que da el Bautismo. Desea ver, oler y contemplar el rito de bendición y consagración de los Santos Óleos que se derraman sobre sus existencias y le confieren la vida del Espíritu divino. Todo cristiano es sacerdote y viene a renovar en este rito, junto a su obispo y sus presbíteros y diáconos, el don recibido en ese admirable sacramento, cuando por la unción del Crisma en la frente, fueron asociados a participar del sacerdocio real de Cristo, como lo enseñó el Concilio: «Consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo, para que ofrezcan, a través de las obras propias del cristiano en el mundo, sacrificios espirituales, mediante la participación en la Eucaristía y en los sacramentos, el testimonio de una vida santa y en la caridad activa» (Lumen Gentium, 10).

Cuando los cristianos viven a la luz de la fe, descubren la dimensión común de su sacerdocio y manifiestan, de una manera testimonial, la alegría de seguir a Jesús. Si

consideramos las notas esenciales de la Iglesia, todo bautizado encuentra un espacio misionero para vivir activamente el sacerdocio común de los fieles: cuando anuncia el Evangelio, cuando celebra la fe en la liturgia comunitaria, y cuando baja a las manos el amor a los pobres en las obras de caridad (cfr. *Deus Caritas est*, 25a).

El pueblo cristiano sabe que no se puede ungir a sí mismo. Miren, aprovechando la visita a una zona del oeste de La Pampa profunda, una mujer que venía de esos puestos en medio de la nada, con una criatura en brazos y varios chicos, con el decir paisano, cadencioso y humilde, me acercó a su hija de días, porque la enfermera le había dado el «socorro», y ahora la traía para «cristian». A eso llamo yo: cultura de la unción del pueblo fiel; sabe que tiene derecho a ser ungido, pero al mismo tiempo, reconoce que recibe los óleos santos como un don de las manos de los sacerdotes.

Lo expresado hasta aquí de una manera imperfecta, la liturgia de este día lo dice bellamente en el cuerpo del Prefacio: «Él no solo enriquece con el sacerdocio real al pueblo de los bautizados, sino también, con amor fraterno, elige a algunos hombres para hacerlos participar de su ministerio, mediante la imposición de las manos».

Los ministros ordenados podemos decir con verdad, que el amor crucificado de Nuestro Señor, por la libación de su sangre en la Cruz, «ha hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para Dios, su Padre» (Ap 1,6). Es la más clara referencia al origen pascual del poder que reciben estos bálsamos, que contienen la gracia de Cristo y la comunican sacramentalmente a los que Él ha elegido para el servicio de los hombres. El aceite de alegría y júbilo que se derramó sobre Cristo y que llegó hasta nuestras manos en la ordenación, es el mismo Espíritu Santo, el don del Amor que nos da el gozo en el servicio.

El rito que celebramos nos invita a mirar una vez más nuestras manos unguadas con óleo de alegría. Fueron consagradas para el servicio de los hermanos, para administrar la multiforme gracia de Dios contenida también en los óleos sagrados, que son un signo de la bondad y misericordia divinas. Administrados en los sacramentos, se convierten en «signos de Dios, que contienen y producen aquello que significan» (cfr. *Summ. Theo.* III Q LXII, art. 1, ad

1°): la fortaleza, el consuelo, el perdón, la misericordia y ternura de Dios.

Nuestra espiritualidad sacerdotal tiene su primera fuente en la ministerialidad, es decir, en el fiel y generoso ejercicio de este oficio de amor que se nos ha confiado, donde la caridad pastoral debe predominar a cualquier otra opción. Que el ministerio sacramental que nos identifica nos encuentre siempre con las manos libres y dispuestas a ungir con los óleos de la salvación. El Papa Francisco, hace un año, nos instaba para que nos aventuremos «en ese mar del mundo actual donde solo vale la unción –y no la función–». Es cierto, no somos funcionarios que damos pases para el cielo, sino ungidos para dar a conocer las misericordias de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.(1° Tm 2,4)

Hoy recordamos que somos un sacramento y nuestra identidad más profunda, sellada por el crisma, es la de ser sacerdotes, para apacentar, santificar y enseñar las cosas de Dios a los hermanos. Volvemos a asombrarnos por la desproporción entre el don recibido en nuestra ordenación y nuestra pobre condición que lo desmerece. Pero volvemos a confiar en Aquel que nos eligió y sigue siendo nuestra pasión y entusiasmo para levantarnos todos los días con el deseo de ser lo que somos: ungidos por la gracia de Cristo.

Las promesas sacerdotales que renovaremos confirman el camino de la espiritualidad sacerdotal que nos santifica; camino que cada uno de nosotros recorre de manera única, personal e irreplicable, solo conocida por Dios, que sabe lo que hay en el corazón de cada hombre (cfr. Jn 2, 24-25).

Por eso, queridos sacerdotes, los invito a renovar con las promesas, la conciencia de ser el brazo extendido de la misericordia divina en cada unción a los hermanos.

+ Mario Aurelio Poli